



derarse á la vez de la Eubea, de Tesalia y del Peloponeso, y confesándose débiles, llamaron á Antioco, rey de Siria, que también tenía ofensas que vengar, y que proclamado «Grande» en Oriente, sentía hervir en su pecho la sangre de Seleuco.

La empresa le agradaba á Antioco (192). Aníbal le decía: «Roma no puede ser vencida más que en Roma misma, y lo probaba con sus victorias. El rey de Siria prefirió, no obstante, los consejos de un etolio, del fanfarrón Thôas, á los planes del grande hombre de Cartago; rehusó la espada de Aníbal y hacer una expedición á Italia, y se enemistó con el rey de Macedonia, Filipo, y el jefe de la liga aquea, Filopemen, á quien la prudencia prohibía tomar parte en una empresa que empezaba bajo tales auspicios. Aprovechándose de algunas buenas disposiciones de la Grecia, se apoderó de Eubea con una escolta más bien que con un ejército, y suspendió las hostilidades creyendo que era llegado el momento de descansar. Es verdad que dejó algunas tropas en las Termópilas, pero eran asiáticas, no espartanas, las que defendían la entrada de la Grecia contra los legionarios. Catón sorprendió á los etolios, que eran los únicos que podían resistir, y los derrotó; Acilio cayó sobre el ejército enemigo, y Antioco, herido, abandonó á los etolios, y huyó si tener en cuenta lo que perdía (1).

Antioco estaba reducido á la defensiva; sus naves, atacadas ya por las de Pérgamo, no impidieron á los romanos desembarcar en el Asia. Recibió demasiado tarde auxilios del desterrado de Cartago, cuando Lucio Escipión llegó con el vencedor de Zama por lugarteniente. Lucio, sin esperar á su hermano, alcanzó en seguida al sirio, tomó las trincheras de Magnesia y no le concedió la paz hasta que estuvo en Sárdes, su capital. El Asia Menor, parte de la cual se había concedido al rey Eumenes, quedaba bajo la protección de los romanos, y el cónsul Manlio Vulso sometió muy luego á los galatas, esto es, á los galo-griegos, galos de Sigovesa, no dejó ningún pueblo libre has-

(1) Tito Livio, lib. XL; Floro, lib. II; Justino, lib. XXXI.

ta el Tauro. En Grecia, los etolios tuvieron que renunciar á las estatuas y cuadros de Ambrosia, despojos de la Hélade, y entregar sus armas y sus caballos. Solamente España y la Cisalpina, donde Paulo Emilio especialmente sostuvo combates difíciles, seguían protestando contra la dominación romana (190).

Sin embargo, Roma alcanzaba continuos triunfos, y las antiguas rivalidades enmudecían en presencia del carro de los vencedores.

La antigua disputa de los patricios y los plebeyos estaba adormecida. El derecho y la religión, accesibles á todos, ya no eran misterios, sino ciencias; los tribunos tenían el «derecho de vigilar.» Tribunos, cónsules y senadores sólo pensaban en prevenirse. No había ya verdadera distinción, ni cierta envidia más que entre los nobles, antiguos patricios ó ricos plebeyos investidos con algunos cargos, de una parte, y de la otra los «hombres nuevos,» que llegaban sin nombre del municipio á la ciudad. El orgullo había disminuido (1).

La verdadera guerra se estableció entonces entre las antiguas costumbres y los usos modernos aportados con la conquista.

Ya, después de la toma de Siracusa, se desplegó en Roma un lujo desconocido hasta entonces, pero no el lujo grosero ó supersticioso del Lacio y de la Etruria, si que el suntuoso y sorprendente de la Grecia. La invasión aumentó de muy distinto modo después de la batalla de Zama y de los triunfos sobre Macedonia, Grecia, Siria y los Galatas. La molición asiática penetró en Roma bajo la protección de Metelo, Flaminio y Escipión.

Había en la victoria un peligro necesario y manifiesto según las altas miras de la Providencia, porque convenía que la ciudad conquistadora fuera castigada por la conquista misma. Este peligro procedía de los enemigos vencidos. La corrupción se introdujo en todas las clases, y desde luego en el ejército, gracias á las pretensiones de los soldados, á la ambición y á la debilidad ó al amor propio de los jefes. El grande Escipión el Africano, que se rodeaba de cohortes pretorianas, este vencedor de

(1) Tito Livio, *passim*, lib. XXVI-XLIV.



Cerdeña, que triunfaba contra la voluntad del senado, y el otro cónsul que entregaba la Galacia á la discreción de sus soldados, dieron golpes mortales á la virtud romana, tal como era y según nosotros la hemos comprendido.

Las legiones, siempre vencedoras, tomaban con gran menosprecio de los extranjeros sus despojos para satisfacer sus gozos y como una necesidad de sus costumbres, trayendo á la ciudad estas disposiciones á la vez que la gloria.

Y en efecto, terminada la guerra, los legionarios volvieron á ser ciudadanos; las costumbres de los campos reflúan en la ciudad; se deponían las armas y se conservaba el lujo y la nueva corrupción. Generales y simples soldados, todos tienen la misma responsabilidad. La única diferencia que hay entre estas nuevas ciudades, rodeadas de parques y defendidas por torres, artística y ricamente decoradas, y la antigua ciudad romana, es que aquellas estaban destinadas para servir de recreo y de descanso, mientras que ésta era una especie de quinta ó granja consagrada al trabajo y á la fatiga, lo mismo para el patricio que para el plebeyo. ¿Qué extrañeza debe causar, por otra parte, el que en medio de las fiestas celebradas con grande aparato y de las riquezas que se ostentaban en las ceremonias triunfales se quisieran abrogar los viejos y anticuados reglamentos? Sin embargo, no se llevó á cabo.

El distinguido vencedor de Aníbal fué el primero que introdujo los vicios orientales, ocultando con su gloria sus vergonzosos placeres, sus afeminadas costumbres y las lágrimas de la amable y triste Emilia. Los desórdenes aumentaron, y los repudios se multiplicaron de una manera prodigiosa. El mismo Paulo Emilio repudiará pronto á su mujer, de quien no tenía ninguna queja, y que ya había sido repudiada por Fabio y Escipión Emiliano, también sin motivos, como se desecha un zapato sin saber dónde lastima (1). En desagravio, ciento setenta mujeres envenenaron en un año á sus maridos (2). Es necesario advertir, sin

(1) Plutarco, *Vida de Paulo Emilio*.

(2) Tito Livio.

embargo, que si hubo un partido que acogió todas estas novedades, también hubo otro que las combatió; así es que Catón y Fabio se opusieron á Escipión.

La envidia y el humor sombrío de algunos viejos romanos, les habían abierto los ojos sobre el peligro inevitable de la conquista. Estos preferían la antigua frugalidad.

Sepamos, sin embargo, lo que era por ejemplo Catón, este hombre de ojos azules, que reprendía á todo el mundo, invocaba á los dioses, porque las matronas no querían ya, en los tiempos felices, una ley suntuaria hecha después de la batalla de Cannas, descargaba su cólera contra la mujer este animal indómito, é imitaba á Curio Dentato, no bebiendo más que el vino de los esclavos, llevando una vieja toga y durmiendo sobre pieles. Adquirió una grande reputación en fuerza de calumniosas invectivas, y gracias á una rigidez sin tacha. Este hombre nuevo, enemigo de la facción oligárquica, acusaba á otro hombre nuevo, cuya candidatura podía perjudicar á la suya, únicamente por esta rivalidad.

Á pesar de sus enérgicas reclamaciones se enriquecía por la usura más reprobable y desacreditada, pero la más provechosa, por la usura marítima. En sus últimos años no compraba más que estanques y pastos, porque la agricultura no era bastante productiva. Promovía desórdenes en su casa para saber mejor por las envidias particulares lo que allí pasaba; compraba esclavos robustos y los trataba bien mientras su trabajo le reportaba mucha utilidad, pero les vendía como inútiles cuando habían envejecido en su servicio. Imponía tributos sobre su peculio por las cosas más viles y despreciables, y les vendía hasta el permiso de unirse entre sí. Este inflexible Catón, de una virtud dudosa, despreciaba la literatura y la filosofía griegas y aprendió el griego; detestaba á los médicos y pretendía ser médico; condenaba á un esposo por haber abrazado á su mujer delante de su hija y concedía á su mujer á un amigo suyo; condenaba los resultados de la conquista, y fué el instigador más constante de la destrucción de Cartago; y por último, se unió al melancólico y descontento



Fabio, ménos por amor de justicia y de virtud que por odio á Escipion, y para castigar su gloria (1). Hubo un verdadero combate entre Escipion y Caton. Cuestor en Sicilia bajo Escipion el Africano, Caton abandonó á su general para ir á Roma á acusarle; tampoco perdonó al asiático ni cesó de perseguirle. Poco importa que reprendiera él mismo ó que dirigiera sus ataques por medio de otros; solamente este segundo procedimiento era infame.

De esta manera consiguió que los dos hermanos y tribunos Petilios acusáran ante el senado al Africano de haber recibido grandes cantidades, á lo cual contestó que no habia traído del África más que un apellido. Esta respuesta era un rasgo admirable, pero una razon muy débil ante su opulencia, y entónces Escipion exclamó: «Ciudadanos, en igual dia vencí en Zama, vayamos á dar gracias á los dioses.» Inmediatamente marchó seguido de la multitud al Capitolio y á los templos, dejando solos en aquel lugar á los tribunos y porteros. Mas luégo que hubieron dado gracias á los dioses, la acusacion continuó. El asiático iba á ser conducido á la prision, pero la oportuna llegada de su hermano le salvó, dispersando á la muchedumbre é hiriendo á los tribunos. No se sabe con seguridad cómo terminó este asunto, ni tampoco dónde y cómo murió el vencedor de Cartago, y si su ingrata patria conservó sus huesos (2).

(1) Putarco, *Vida de Caton*; Floro, Tito Livio. M. Cevesque no estimaba á Caton, y tenía razon, porque le persiguió particularmente; véanse además MM. Dumont, Michelet, etc.

(2) Tito Livio, lib. XXXVIII; Séneca, *De brevitate vitae*, vii.

Es digno de mencion el descubrimiento del supersticioso é infame misterio de las *Bacanales*; un liberto dió á conocer repentinamente todos los horrores que ocultaban las religiones extranjeras. No obstante las persecuciones en la ciudad, á pesar de las condenaciones en número de más de dos mil, pronunciadas por un sólo pretor, y del suplicio de más de siete mil culpables, continuaron los desarreglos, los asesinatos nocturnos y los envenenamientos. Un procónsul en Cerdeña, despues de haber condenado á muerte á más de tres mil criminales, manifestó que renunciaba. Júzguese por esto del estado de Roma.

Ante tal corrupcion poco valian las censuras de Caton que, como siempre, atacaba los vicios, deprimia á los caballeros, á los ciudadanos, á los senadores, y sobre todo se encarnizaba contra sus enemigos personales. Entónces era cuando quitaba á Escipion su caballo, levantaba fraudulentamente las tasas ó cuotas y destruía los edificios particulares para edificar su famosa basilica Porcia. Caton consiguió que el pueblo, á quien habia adulado, le levantara una estatua con esta inscripcion:

En honor de Porcio Caton, por haber restablecido con sus saludables disposiciones la republica romana, á quien la decadencia de las costumbres precipitaba á su ruina (1).

Muchos no han visto en la vida de este rígido personaje más que la inscripcion de la estatua: un poco más hay que estudiar en Caton el censor.

Véase, pues, cómo la historia interior y la exterior de Roma se desarrollan y explican á la vez.

(1) Plutarco.

CAPITULO XIII

(179 A 134)

Consecuencias de la conquista de Europa.—Muerte de Anibal.—Muerte de Filopemen.—Perseo y la tercera guerra de Macedonia.—Victorio de Paulo Emilio.—Sumision de la Macedonia y del Epiro.—Las embajadas de Asia y de Africa en Roma.—Los triunfos.—Alianza de Roma con los macabeos.—Los romanos son llamados á la Galia.—Preparativos para la destruccion de Cartago.—Guerra de España.—Ultimos esfuerzos contra Cartago.—Resistencia de los cartagineses.—Ruina y destruccion de Cartago.—La Macedonia, provincia romana.—La Acaya, provincia romana.—Viriato y la España.—Toma de Numancia.—Reduccion de Pérgamo.—Estado de las provincias conquistadas.—Despotismo de los procónsules.—Exacciones de los publicanos.—Corrupcion de Roma.—Censura de Paulo Emilio.

La conquista continúa lo mismo en Oriente que en Occidente. Grandes y pequeños, Roma no perdona nada; ha sonado la última hora para las naciones.

Desde luégo se desembarazó de los inofensivos Statielles, los únicos de entre los ligures que no se manifestaron hostiles. Su opresion no parecia que debiera inspirar ningun obstáculo; Popilio Lenata vendió diez mil de éstos en pública subasta. Ante este espectáculo, la Cisalpina hizo un último esfuerzo; pero desde el año 163 quedó completamente sometida á la ciudad. La Istria, Córcega y Cerdeña tambien habian sido sometidas por las armas (182-168); la desgraciada Cerdeña proporcionó desde el principio tantos cautivos á sus vencedores, que para indicar que una mercancía se vendia á un infimo precio, se decia: *Al precio de los sardos*. Finalmente, Sempronio Graco sujetaba á los pertinaces celtiberos en la ulterior, y por una excepcion honrosa dejaba entre los vencidos un recuerdo de moderacion, de bondad y de va-

lor (178). Postumio, un poco más léjos, derrotaba á cuarenta mil lusitanos. Roma podia respirar.

Pero el siguiente hecho la deshonra. Impacientada Roma porque el grande Anibal al frente de los bitinios habia conseguido una pequeña victoria sobre la armada de Pérgamo, se indignó al saber que el desterrado de Cartago todavia venciera; y el vencedor de Filipo, el libertador de la Grecia, Flaminio, aceptó la mision de ir á reclamar al glorioso fugitivo cerca del cobarde Prusias. Anibal, viendo su casa rodeada por los satélites del rey, tomó un veneno ó mandó á un esclavo que le diera muerte (183). El senado comprendia la importancia de esta muerte; pero el mundo aparentemente no se ocupó de ella (1).

Tampoco la Grecia se indignó cuando supo que Filopemen, el «último de los griegos,» habia sido asesinado por un amigo de los roma-

(1) Cornelio Nepote, *Vida de Anibal*.